



Amar la vida

Si hay cosas que tiene verdadera importancia en la vida del hombre, es precisamente su vida. El ser humano -este material literario que a mí tanto me interesa- está compuesto de espíritu y materia, dos campos perfectamente delimitados: la materia, eso que conocemos como almacén somático y el alma o el espíritu, que se complementan perfectamente en una simbiosis oculta, imperceptible y bastante escurridiza.

Si el hombre supiera -más que saber, viera- lo que de una manera incansable está ocurriendo dentro de su organismo, minuto a minuto, es posible que se sintiera preocupado de que aquel motor pudiera pararse en cualquier momento, en razón a esa justeza milimétrica con que opera. Por fortuna vivimos al margen de todo esto, de esta maravilla sincronizada que hace que el ser humano se levante y eche a andar. Y es aquí precisamente donde el espíritu y la materia conviven, aunque rara vez se entienden.

En este clima hiperbólico, sujeto a una manipulación que tratamos de asumir por medio de la razón, de una manera insensible, el hombre vive apoyándose en una de estas dos premisas: espíritu y materia, según el camino que elija para vivir su vida.

Me diréis que es muy difícil apreciar el grado de espiritualidad de los seres humanos, pero si nos atenemos a la llamada de los Evangelios, donde están las soluciones a los problemas del mundo moderno, veremos que dicen: «por sus frutos los conoceréis». Y no hace falta que mienta o que finja -que también es otra mentira-, pues a la corta o a la larga dará el fruto que se cría en las ramas de su árbol, ese árbol que a veces no da más que madera.

Ya tenemos al hombre al que suponemos capaz de razonar, libre para cortar y rasgar, que así ha querido Dios que sea, dispuesto a vivir su vida, casi siempre al margen de la conciencia, sin trabas ni zarandajas, en una singladura personal, casi atómica, como la época, con una marcada dosis de egoísmo. Y dice muy ufano: «Mi cuerpo es mío y hago con él lo que quiero». Y se lanza a la conquista a pecho descubierto como un héroe del «cómic» en la que los mandamientos -ahora tan olvidados- sufren la virulencia del invasor.

Así vemos en la T.V. esos espectáculos que avergüenzan, donde la libido ha sido rebajada a un calidad de basura. Y todo en aras de una libertad de expresión que aquí se convierte en una libertad de visión, sin que haya un solo dedo que se levante para impedirlo.

No todos los seres humanos ven la vida de la misma manera en virtud de esta diversidad con que nos ha creado Dios, y es inútil decirles a algunos que una renuncia vale más que una conquista desde un punto de vista puramente espiritual, que huir de ciertas relaciones equívocas crea en nosotros una coraza de renuncia que, a la larga, va a redundar en nuestra manera de vivir.

A quien «ama la vida», su vida, a veces sobre la vida de los demás, no vamos a cercarle con sermones, pues para él, todo el interés que pueda ofrecerle su entorno está en conseguir lo que quiere, con la misma celeridad que lo abandona. Y así va sumando trofeos que va colgar en las paredes de su alma con cierta desilusión, y a veces en las repisas de su corazón que protesta en silencio al fin al que se le somete.

Si algún verdugo azota la vida del hombre, es el mismo hombre, por estos abusos a que nos sometemos continuamente. Mi cuerpo es mío y hago con él lo que quiero, error tan extendido que lo estamos oyendo a cada momento. Y es hora de decir que nuestro cuerpo lo tenemos en usufructo, como gracia y donación del que todo lo tiene. De lo contrario, nadie entregaría su cuerpo a la muerte, sobre todo en perfecto estado mental. Morimos porque se nos acaba el «vale» que nos deja con la amargura de la derrota, la última derrota. Y ese panel cargado de trofeos sólo sirve para anunciarle que «amó tanto su vida» que se le escapó de las manos y sólo le quedan unos falsos «slóganes» que le dan un falso consuelo: «lo que goce es lo que me voy a llevar» o «que me quiten lo bailado». Te admito que eres un «Cid» en el terreno amoroso, en el especulativo, que vas por la vida como un triunfador montado en tu carro de fuego, pero todo eso son bambalinas que tapan el verdadero telón de fondo.

Me vas a permitir que te diga una cosa que no te vas a creer: no te vas a llevar lo «bailado», sino lo que has dejado de bailar por pura renuncia, en